

## **DISCURSO DE CONTESTACIÓN AL ACADÉMICO NUMERARIO ILMO. SR. DON JULIO PORRES DE MATEO**

**RICARDO IZQUIERDO BENITO**  
Numerario

Excmo. Sr. Director,  
Excmas. e Ilmas. Autoridades,  
Ilmos. Señores Académicos,  
Señoras y Señores.

En un caluroso 1 de julio del año 1975 comenzó la primera campaña de excavaciones arqueológicas en la ciudad hispanomusulmana de Vascos. Entre el grupo de entusiastas estudiantes que me acompañaban, en aquella aventura desconocida que iba a ser el primer paso de un ya dilatado camino que dura hasta nuestros días, se encontraba Julio Porres de Mateo, que habría de perseverar y volver durante varios años más a colaborar en los trabajos. Tras terminar aquella campaña, realizada en condiciones verdaderamente duras que nos pusieron a prueba a todos, él y yo, enviados por nuestra recordada compañera doña Matilde Revuelta –a quien él viene precisamente a sustituir–, estuvimos en la Puebla de Montalbán durante varios días, llevando a cabo unos sondeos en una villa romana. Julio acababa de terminar su segundo curso de Geografía e Historia en el entonces Centro Universitario de Toledo, donde había sido mi alumno.

Aquel curso, 1974-1975 (años de gran efervescencia para una juventud inconformista), fue inolvidable para todos, para los profesores y para los estudiantes, pues concurrieron, fruto del azar, todo un conjunto de factores irrepetibles que lo convirtieron en un hito

de referencia nunca olvidado y muchas veces recordado. Para mí, por ejemplo, era la primera vez que daba clase, además en Toledo –lo que para un medievalista siempre es muy gratificante–, donde ya me habría de quedar. De aquella promoción salieron muy brillantes individualidades, que hoy en día están destacando en el campo de la enseñanza, de la investigación, de la literatura, de la administración, de la política, etc. No se trata de dar nombres, pues siempre podría quedar alguno injustamente omitido y máxime tratándose de amigos. Baste señalar, como muestra fehaciente, que ilustres académicos numerarios como don Juan Sánchez Sánchez o don Ramón Sánchez González, así como los correspondientes doña Alicia Arellano Córdoba, don Antonio de Juan García o don Francisco Gil Gallego, pertenecieron a aquella promoción. Y ahora a ellos se une don Julio Porres de Mateo quien, ya desde 1993, era también académico correspondiente. Se podría decir, por tanto, que esta Real Academia está igualmente recogiendo los frutos de aquella añada que proporcionó los mejores «gran reserva» de una cosecha irrepetible.

Desde que llegué a Toledo siempre me ha unido una estrecha y entrañable amistad con la familia Porres-de Mateo, encabezada por nuestro querido amigo y compañero de Corporación, don Julio Porres Martín-Cleto. El recurrir a él en busca de datos sobre la historia toledana, era imprescindible –y lo sigue siendo– para todos aquellos que queríamos investigar en ese campo. Y no sólo a través de su extensa y variada producción bibliográfica, sino acudiendo a él personalmente, que siempre nos acogía con la simpatía y la erudición que le caracterizan. Cuando yo ingresé en esta Academia, no por casualidad fue a don Julio Porres a quien propuse para que contestase a mi discurso de ingreso. Me imagino la íntima satisfacción que debe de sentir en estos momentos, al ver como uno de sus hijos ingresa en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas

de Toledo de la que él fue director durante varios años. Creo que es la primera vez, en su historia, que dos generaciones de la misma familia van a concurrir simultáneamente en su estrado.

Todos los motivos señalados, a los que se podrían añadir muchos más que ahora no vienen al caso, son suficientemente significativos para poder manifestar la gran satisfacción que para mí también supone contestar al documentado discurso de ingreso en esta Real Institución, que el nuevo académico nos acaba de exponer. Quiero agradecerle el honor que me hizo, cuando me pidió que llevase a cabo este cometido, que hago con mucho gusto y no como una mera obligación estatutaria.

Julio Manuel Porres de Mateo, toledano de nacimiento, tras realizar su primer ciclo de estudios universitarios en el Centro Universitario de Toledo, en el edificio Lorenzana, se licenció en Geografía e Historia (especialidad de Historia Moderna de España), en la Universidad Complutense de Madrid, en el año 1978. Desde el año 1982 está vinculado profesionalmente a la Excm. Diputación Provincial de Toledo, como funcionario de Administración Especial, primero como auxiliar archivero y bibliotecario, y posteriormente como técnico de archivo y publicaciones. En la actualidad es el director del Servicio de Publicaciones del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (I.P.I.E.T.), del cual es también consejero de número desde el año 1991. Aparte de haber asistido a numerosos cursos de formación y de especialización, también ha formado parte de distintos equipos, comisiones y tribunales calificadores, siempre relacionados con el ámbito del libro, de los archivos y de las bibliotecas.

Igualmente, ha participado como profesor en diversos cursos orientados a la formación de bibliotecarios y archiveros, organiza-

dos por entidades municipales, provinciales y regionales. Al margen de su labor estrictamente profesional, sus inquietudes, como historiador de formación, le han llevado a realizar y publicar diversos trabajos de investigación de tema toledano, tales como, entre otros, «El retablo mayor de Santiago del arrabal», «Algunas leyendas toledanas y su base histórica» o «Juan de Tovar, tallista del retablo de Santiago del Arrabal». Entre las obras colectivas en las que también ha participado, merecen destacarse títulos como «Los pueblos de la provincia de Ciudad Real a través de las Descripciones del cardenal Lorenzana», «Descripciones del cardenal Lorenzana (Archivo diocesano de Toledo)», «Estudio conjunto sobre la presa romana de Consuegra», «Toledo siglos XII-XIII. Musulmanes, cristianos y judíos: la sabiduría y la tolerancia» o «Los Primados de Toledo». Igualmente ha colaborado en la coordinación y en el guión de varios vídeos sobre etnografía y monumentos toledanos, producidos por la Diputación Provincial de Toledo.

De su faceta profesional destacaríamos estudios publicados como «Cuadro de organización de fondos de Archivos Municipales» o «Iniciación a los archivos municipales. Programa de formación en Archivística». Asimismo, ha sido el redactor de varios informes histórico-artísticos de monumentos toledanos, preceptivos para su declaración como Bienes de Interés Cultural, y ha formado también parte del jurado de premios de carácter histórico o literario. Un buen bagaje curricular, indudablemente, para quien va a ostentar la medalla n.º XV.

Parecía evidente que, por su dedicación profesional, el discurso de ingreso del nuevo académico numerario tendría que versar, si no sobre libros de una manera directa, sí, al menos, sobre el proceso de alumbramiento físico de los mismos, es decir, sobre las imprentas y los editores, ámbito que él bien conoce. Y ello centrado en un perio-

do cronológico como fueron los siglos XIX y XX, tanto para la ciudad de Toledo como para su provincia. Este tema, desde distintas perspectivas, ya ha sido abordado anteriormente por otros autores, que han analizado la labor editorial toledana desde el ya lejano año de 1483 en que se fecha la primera edición de un libro impreso en Toledo, hasta nuestros días. Cómo no mencionar a este respecto la ya clásica obra de Cristóbal Pérez Pastor, «La imprenta de Toledo», publicada en 1887. Y cómo no resaltar, igualmente, los estudios de otros académicos de esta casa, como doña Julia Méndez Aparicio y don Juan Sánchez Sánchez, que han incidido también en esta temática.

Aunque las imprentas, para poder subsistir, no solamente editaban libros –y posiblemente éstos eran los que menos trabajo les proporcionaban– es indudable que eran los que les podían garantizar un cierto prestigio, marcado en la referencia impresa del nombre de aquellas, que habría de quedar indeleblemente reflejado como inequívoca seña de identidad editorial y como imprescindible dato para la posterior correcta catalogación bibliográfica. La imprenta pudo desaparecer, pero no el libro que salió de sus planchas y que todavía se puede conservar, como referente del lugar en el que vio la luz.

Si un autor es el padre espiritual del libro que concibe y escribe, qué duda cabe que el impresor que le va a dar forma es su creador material y el que le va a proporcionar una existencia efectiva, aunque su nombre vaya a permanecer en el anonimato. Los que, por nuestra actividad profesional estamos constantemente en contacto con libros, apreciamos y valoramos, aparte de su contenido, la calidad editorial de éstos. Y no digamos nada los bibliófilos –y, sobre todo, los bibliómanos–, ávidos por poseer un ejemplar de la primera edición de una obra editada en una imprenta de prestigio.

Julio Porres de Mateo, en su discurso, nos ha presentado el

panorama de la actividad editorial desarrollada en Toledo y su provincia durante los dos pasados siglos, con especial referencia a aquellas personas que, como él mismo dice, «en los siglos XIX y XX, han puesto su empeño en producir libros, entendiendo como tales a aquellas publicaciones que superan la cincuentena de páginas y, preferentemente, los que se editan para su distribución comercial». Estas son las coordenadas en las que hay que encuadrar el auténtico sentido del texto que acabamos de escuchar. Bajo la edición de un libro, no sólo subyacen aspectos técnicos o formales, sino también culturales, ideológicos y económicos. No fueron muchas las personas que en Toledo y su provincia se dedicaron entonces a esta actividad profesional –que no pasaba de un marco puramente familiar– pero, en cualquier caso, las obras que salieron de aquellas máquinas, responden a una realidad histórica y son el reflejo de la manera de ser y de pensar de las gentes de estas tierras, que los generaron y los consumieron.

La capital, Toledo, a comienzos del siglo XX no contó con un gran número de establecimientos tipográficos pues solamente se señalan cuatro: las imprentas Rodríguez, Juan Peláez, Serrano y Gómez Menor. Las imprentas, aunque pudiesen publicar libros, no contaban con un proyecto editorial propio. Los libros que editaban lo hacían por encargo. Subsistían gracias a que solucionaban las necesidades de material impreso para uso administrativo de las entidades públicas de la ciudad y de la provincia. A pesar del limitado nivel editorial, la cantidad de textos impresos fue muy abundante, de contenido muy heterogéneo (historia, poesía, obras religiosas, libros de texto, etc.) aunque no siempre de alta calidad.

Algunas instituciones, cada vez más necesitadas de material impreso para su desenvolvimiento burocrático, pronto empezaron a contar con sus propios talleres tipográficos, tal como ocurrió con el

Colegio María Cristina de Huérfanos de la Infantería, la Fábrica Nacional de Armas, la Academia de Infantería o al Asilo Provincial del cual es pervivencia la actual y activa Imprenta Provincial. También estas imprentas tuvieron encargos para publicar libros lo que repercutió en que otras perdiesen clientela y terminasen por desaparecer al no poder contar con un trabajo continuado.

En el siglo XIX, aparte de Toledo, solamente en tres localidades de la provincia se concentraba una cierta actividad editorial: Talavera de la Reina, Ocaña y Quintanar de la Orden. Aunque algunas imprentas desaparecieron pronto, otras han conseguido llegar hasta la actualidad y a ello han contribuido, aparte de las instituciones locales que les han proporcionado trabajo, la existencia de activas asociaciones y entidades culturales que a través de ellas han editado libros, revistas y folletos de muy diverso contenido, y que son una muestra de las inquietudes de muchas personas por el conocimiento y la conservación de su patrimonio, de sus tradiciones y de su folklore.

El panorama ha cambiado en las últimas décadas, con el establecimiento de nuevas entidades editoriales en la ciudad y en otras localidades de la provincia, generando una actividad productiva muy significativa. Las administraciones públicas radicadas en Toledo —especialmente desde que la ciudad se convirtió en capital de la Región—, unidas a diversas entidades financieras así como a otras entidades de carácter cultural, han posibilitado el considerable despegue de esta actividad. También a ello ha contribuido la iniciativa personal de varios empresarios toledanos preocupados por fomentar, mediante la edición de libros, la cultura de su ciudad, no siempre con la garantía de obtener una rentabilidad económica. Quisiera recordar, a este respecto, un principio comercial que en cierta ocasión escuché a un editor toledano, el cual, muy posible-

mente como fruto de su propia experiencia, decía: «todo lo que se publica sobre Toledo, termina por venderse».

Recopilar, no ya ejemplares originales, sino los títulos de todos los libros que en aquellos dos siglos se imprimieron en Toledo y en su provincia, resulta una labor en verdad ardua, a la que no obstante animamos al nuevo académico para llevarla a cabo. El recurso a las nuevas tecnologías informáticas, abren el acceso a unos enormes recursos documentales en este campo, que Julio Porres ya ha utilizado para obtener los interesantes datos que nos ha presentado desde una vertiente fundamentalmente cuantitativa.

La relación de todos los títulos que se recopilasen nos ofrecería, no sólo una aproximación al contenido de cada una de las obras, sino que sería el reflejo de las auténticas inquietudes culturales de los toledanos que vivieron en aquellos años o, al menos, de aquellos sectores sociales que verdaderamente leían y consumían libros. Otra cuestión distinta, evidentemente, sería conocer la orientación ideológica que se intentó transmitir, no ya por los impresores –meros ejecutores mecánicos de un encargo–, sino por las editoriales o las entidades que mandaban publicar los libros. En cualquier caso, en ellos latía una parte importante de la historia de la ciudad. Remedando la cita bíblica, se podría decir: «por sus libros los conoceréis». Lo cual nos conduciría a otro ámbito, que subyace bajo todo lo que venimos diciendo aunque no se ha hecho directa referencia al mismo, como es el de las bibliotecas, verdaderas depositarias de una memoria colectiva que nunca se puede ignorar.

Es indudable que a la Academia se incorpora una persona idónea y capaz para llevar a cabo esa tarea recopiladora, que bien merecería ser impulsada para completar la labor que otros investigadores ya han realizado en campos afines. No obstante, cualquier



otro trabajo que se le encomiende a Julio Porres de Mateo será ejecutado con gran eficacia. Todos son motivos suficientes para que esta Real Institución se alegre por incorporar a un joven toledano –de reconocido pedigrí familiar– que, no dudamos, se involucrará de inmediato en las actividades académicas. En nombre de todos los demás Académicos le doy la bienvenida a esta que ya era su casa.